

CULTURA:

donde

lo FÍSICO Y lo ESPIRITUAL

CONFLUYEN

por Darrow L. Miller

Dios creó la humanidad para que edificara culturas, por eso importa enormemente qué clase de cultura se levanta. Independientemente de la vocación y de la esfera a la que hemos sido llamados, nuestra tarea como cristianos consiste, en última instancia, en crear una *cultura del reino* —una cultura que refleja la verdadera naturaleza y carácter de Dios.

El encargo de crear culturas se conoce como el mandato de la creación y el mandato cultural. Se halla en el relato de la creación: Génesis 1:26-28:

Y [Dios] dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo». Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó, y los bendijo con estas palabras: «Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo».

Este texto aclara que en el cenit de su actividad creadora, Dios dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza». Con estas palabras quedó establecida la identidad del hombre. El hombre fue hecho *imago Dei* —a imagen de Dios—. El Señor dijo también «que tenga dominio». Con estas palabras quedó establecido

el propósito del hombre. Fue hecho para gobernar como representante o vice-regente de Dios. O para usar otra figura, el hombre fue constituido administrador de la casa de Dios.

Lo que Dios había hecho era perfecto, pero no estaba acabado. Dios es el creador primero; la humanidad, en palabras de J.R.R. Tolkien, es un «creador secundario». Dios hizo la primera creación. La humanidad ha de hacer la segunda —la cultura— que revela y glorifica al Creador Primero y su creación primera. Los seres humanos deben cubrir la tierra de portadores de la imagen de Dios que, a su vez, desarrollen aquella. La bellota, es una creación de Dios, es perfecta y completa en sí misma, pero su potencial tenía que ser optimizado por el hombre y la mujer. La encina o el roble se nutren hasta convertirse en grandes árboles.

Cultura: adoración exteriorizada

¿Por qué es conocido el mencionado pasaje de Génesis como mandato cultural? ¿Qué significa crear cultura? Y en todo caso, ¿qué es una cultura?

El teólogo Henry Van Til afirma de una manera clara y concisa: «Cultura es religión exteriorizada».¹ En el fondo, una cultura es la manifestación del culto de un pueblo, o de su religión cívica. Es un reflejo del dios que adora. Esta interpretación contrasta con la moderna asunción materialista de que la cultura es el reflejo de una raza o grupo étnico, o la suma total de sus formas de vida, o de su herencia. La concepción agustiniana de la

Cultura: donde lo físico y lo espiritual confluyen

naturaleza de la cultura ilumina la importancia de esta distinción.

Según san Agustín, la cultura no es un reflejo de la raza, rasgos étnicos, folclore, política, lengua o herencia de un pueblo. Es, más bien, la manifestación de su credo. Es decir, una cultura es la manifestación temporal de la fe de un pueblo. Si una cultura comienza a cambiar no se debe a novedades, modas pasajeras o al paso del tiempo, sino a un cambio en su concepción del mundo —se debe a un cambio de fe—. Así pues, raza, rasgos étnicos, folclore, política, lengua o herencia son simplemente la expresión de un paradigma más profundo enraizado en la matriz espiritual, en el pacto de una iglesia local y en la integridad de sus testigos.

San Agustín dedicó gran parte de su vida y ministerio a criticar las filosofías paganas de su tiempo y a desenmascarar las filosofías aberrantes de la iglesia porque comprendió muy bien que esas cosas importan no sólo en el ámbito de la eternidad, que determina el destino espiritual de las masas humanas, sino también en el ámbito del presente, aquí y ahora, que determina el destino temporal de civilizaciones enteras...

San Agustín reconoció que la cosmovisión dominante de un pueblo conforma inevitablemente su concepción del mundo.²

San Agustín comprendió que la cultura es una manifestación de la adoración del hombre. Es un reflejo de la naturaleza y carácter del que se adora. O, por decirlo de otra manera, una cultura es la manifestación de la cosmovisión de un pueblo. Los talibán de Afganistán crearon una sociedad que reflejaba su adoración. Del mismo modo, la cultura popular de los Estados Unidos es un reflejo de los ideales materialistas de un sistema de creencias pagano.

La noción moderna de antropología, según se desprende del pensamiento materialista, concibe la cultura como neutra. Según el modelo materialista, no existe Dios; por lo tanto, no hay verdad objetiva; por tanto, todo es relativo. Desde este conjunto de asunciones no hay manera de que una persona o cultura pueda criticar a otra. Ninguna cultura o aspecto de la misma es considerado mejor que a otra. Como tal, toda cultura se valora por lo que es. Cuando se percibe la cultura como algo neutro, se es reacio a criticarla. De este modo no es posible distinguir entre los campos de exterminio de la

Alemania nazi, los hospitales de las Hermanas de la Caridad de la madre Teresa de Calcuta o la cultura pop de la América contemporánea.

Al derivar de la adoración, la cultura es cual-

Del mismo modo que las ideas tienen consecuencias, así también la adoración.

El culto conduce a la cultura. Esto a su vez determina la clase de sociedad que se pretende edificar.

quier cosa menos neutra. La cultura se levanta en la confluencia de los ámbitos espiritual y físico. En realidad, se puede asegurar que el ámbito espiritual influye en el físico en el plano de la cultura. Al igual que las ideas arrastran consecuencias, así también la adoración. El culto conduce a la cultura. Esto a su vez determina la clase de sociedad y de nación que se pretende edificar. Esto ha sido claramente ilustrado. Si un pueblo adora a una deidad caprichosa, que puede ser sobornada, como ocurre en el animismo oriental, entonces se instaura una cultura de corrupción en la que el soborno es parte de la vida cotidiana. Dichos vicios se manifiestan en empresas, economías, gobiernos y sistemas judiciales repletos de corrupción. Esto a su vez conduce al empobrecimiento material y espiritual de las naciones.

Crítica de la cultura

Obviamente, la cultura no es neutra. Dado que vivimos en un universo creado por un Dios vivo y dado que, en contra de lo que afirma el moderno pensamiento posmodernista, hay una realidad objetiva, la cultura de un pueblo puede ser criticada y evaluada. Y no sólo puede, también debe. Si nos interesa la salud de las naciones, hemos de distinguir los factores que conducen a la justicia y las que engendran corrupción. Tenemos que examinar las cosas que hacen surgir la libertad, la compasión y el bienestar económico en contraposición a las que engendran esclavitud, crueldad y pobreza.

Hay tres ámbitos principales de la cultura: la cultura del reino, la cultura falsa y la cultura natural.³ Éstas se hallan presentes, en diversos grados, en todas las naciones. Todas las naciones tienen parte de cultura del reino y parte de cultura falsa. Esta postura asume que Dios existe y que él ha creado un universo real y objetivo. Existe la verdad y la falsedad, el bien y el mal, la hermosura y la oscuridad.

Cultura: donde lo físico y lo espiritual confluyen

La cultura del reino

La cultura del reino se edifica sobre la verdad de la realidad. Es un reflejo de la naturaleza y el carácter del Dios vivo, Creador de todo lo que existe. La cultura del reino florece cuando la gente, consciente o inconscientemente, obedece las leyes de Dios. Las leyes divinas son una manifestación de su carácter. Al igual que Dios es verdadero, justo y hermoso, así también lo son su creación y las leyes que la gobiernan. Jesús dijo a sus discípulos que hicieran discípulos de todas las naciones, «enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (Mat. 28:20), la frase «todo lo que les he mandado» está atada por la *verdad* (que refleja las leyes metafísicas y físicas de Dios), la *justicia* (que refleja sus leyes morales), y la *belleza* (que refleja sus leyes estéticas). Douglas Jones y Douglas Wilson definen esta trilogía diciendo que constituyen «los tres rostros de la cultura».⁴ Estos son los fundamentos de la cultura del reino, y conducen a la vida, la salud y el desarrollo.

La cultura del reino es una manifestación del reino de Dios. Jesús llama a sus discípulos a influir en el reino de la tierra con el reino de los cielos. La oración del Padre nuestro (Mat. 6:9-13) reconoce la interacción entre los dos reinos: «venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». El reino de Dios es cualquier ámbito donde se cumple su voluntad y donde la gente obedece todo lo que él nos ha mandado. El reino de Dios debe instaurarse en la tierra como lo está en el cielo. La sustancia del reino es la misma en el presente y en el futuro, en la tierra y en el cielo. La diferencia no radica en la sustancia, sino en el grado de cumplimiento.

La cultura del reino llama a cada pueblo y nación «a elevarse y adentrarse más» en el reino de Jesús, en palabras de C. S. Lewis. Requiere el desarrollo de la tierra, el cultivo del suelo y del alma como un acto de adoración al Dios viviente. La iglesia, como acto de adoración, debe crear una cultura que manifieste la naturaleza y el carácter del Dios vivo a un mundo que observa. Esto significa que hemos de manifestar la verdad (metafísica bíblica), la justicia (ética bíblica) y la belleza (estética bíblica) en *todas* las esferas de la vida.

En todas las naciones hay elementos de la cultura del reino. Dondequiera que ésta se halle debe ser cultivada y estimulada.

Cultura falsa

La cultura falsa es la consecuencia que deriva de creer las mentiras de Satanás acerca de lo que es verdadero, justo y hermoso. Satanás es mentiroso y padre de la mentira. Miente a las personas y a las naciones. Miente a las naciones en el plano de la cultura. La cultura falsa se edifica sobre las mentiras de Satanás y las influencias demoníacas. Isaías advierte a la nación de Israel contra la tergiversación de la realidad:

¡Ay de los que llaman a lo malo bueno
y a lo bueno malo,
que tienen las tinieblas por luz
y la luz por tinieblas,
que tienen lo amargo por dulce
y lo dulce por amargo! (Isa. 5:20).

El creer esas mentiras conduce a la muerte, la esclavitud y el empobrecimiento de naciones enteras. Todas las naciones tienen algún grado de cultura falsa. Para que una nación pueda crecer saludablemente, debe reconocer los elementos destructivos, desarraigarlos, y reemplazarlos con los principios del reino.

Cultura natural

Los elementos naturales de una cultura pertenecen al ámbito amorar. Son los colores, texturas, sonidos y sabores singulares de los pueblos que acompañan al orden creado. Aunque son moralmente neutros, proporcionan sabor y vida a la gente y disfrute a los vecinos de otras culturas. Los elementos naturales deben ser celebrados y disfrutados.

Cuanto más manifieste una cultura al Creador Primero y su creación primaria, tanto más podrá considerarse buena. Cuanto más distorsione la realidad, tanto más oscura será la cultura y más empobrecerá y esclavizará a su pueblo.

Dios nos creó para ser hacedores de cultura. Los cristianos hemos sido llamados a crear intencionalmente la cultura del reino. Al hacernos a su imagen, al crearnos para ser creadores, Dios concedió a cada uno una responsabilidad y una oportunidad extraordinarias. El erudito, escritor y promotor de desarrollo indio Vishal Mangalwadi lo expresa con certero asombro: «Dios habla y crea el universo. El hombre habla y crea la cultura que moldea el universo».⁵